

## *El ruido y las nueces: la Juventud de Acción Popular y la movilización «cívica» católica durante la Segunda República*

*José María Báez y Pérez de Tudela*

Colegio FEM (Madrid)

*Resumen:* La Juventud de Acción Popular (JAP) constituye la organización política juvenil derechista más numerosa de España durante la Segunda República al ser la sección juvenil del gran partido conservador de la época, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Su actuación se circunscribe a la Segunda República, pues nace y muere con el régimen. El estudio de la JAP aporta una valiosa información sobre los procedimientos de la juventud católica. Con un discurso lleno de excesos verbales, su práctica política se inscribe, sin embargo, en el respeto a la ley, la defensa de la propiedad y el orden. Su fuerza se mantiene mientras cuenta con el respaldo del poder, en los años 1934 y 1935. El fracaso electoral de febrero de 1936 desinfló el entusiasmo de los miembros de la JAP. Esto conllevó el traslado de sus miembros más exaltados a otros partidos de extrema derecha, como Falange Española y los carlistas.

*Palabras clave:* juventud, derecha, catolicismo, Segunda República, España siglo XX.

*Abstract:* The Popular Action Youth (Juventud de Acción Popular, JAP) constitutes the most numerous right wing youth political organization in Spain during the II Republic, as it was the youth section of the largest Conservative party at the time : the Spanish Confederation of Autonomous Right Wing Parties (Confederación Española de Derechas Autónomas, CEDA). Its actions circumscribe the II Republic, because it was both born and died with the regime. The study of JAP provides valuable information regarding the procedures of the Catholic youth. With a speech full of verbal excess, its politic method addresses the

respect for the law, the defence of property and order. It keeps its strength while it has the support of power, in the years 1934 and 1935. The electoral breakdown in February 1936 deflated the enthusiasm of JAP's members. This implied the transfer of its most exalted ones to other parties of the extreme Right, such as the Spanish Falange (Falange Española) and the Carlist Party.

*Key words:* youth, right wing parties, Catholicism, Second Republic, Spain 20<sup>th</sup> Century.

La Juventud de Acción Popular (JAP) constituye la organización política juvenil derechista más numerosa de España durante la Segunda República. Esta situación proviene de su condición de sección juvenil del gran partido de masas conservador de la época, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Su actuación se circunscribe a los años de la República, pues nace y muere, de hecho, con el régimen. El estudio de la JAP aporta una valiosa información sobre los procedimientos de la juventud católica en esta coyuntura crítica de la historia de España. Con un discurso político lleno de excesos verbales, su práctica política se inscribe, sin embargo, en el respeto a la ley, la defensa de la propiedad y el orden. Su fuerza se mantiene mientras cuenta con el respaldo del poder, pues se muestran incapaces de enfrentarse a la autoridad legalmente establecida.

Durante los años 1934 y 1935, momento en que la CEDA dispone del grupo parlamentario más numeroso de las Cortes, la JAP muestra una oratoria radical sobre la necesidad de cambiar el modelo de Estado y de enfrentarse al avance del socialismo. Su mayor virtualidad se mostró en la actuación contrarrevolucionaria durante la huelga de octubre de 1934. Aquí puso en práctica su estrategia de movilización «cívica», heredera de los postulados conservadores que ejemplifica el Somatén catalán y la Unión Ciudadana madrileña de los años veinte. El fracaso electoral de febrero de 1936 rompió las expectativas de la táctica de Gil Robles y desinfló el entusiasmo de los miembros de la JAP. Esto conllevó la desmovilización y el traslado de sus miembros más exaltados a otros partidos de extrema derecha, como Falange Española y los carlistas.

### Agrupaciones precursoras y orígenes ideológicos

A la JAP le gustaba presentarse como una fuerza política nueva, que no tenía que ver con partidos del pasado. Pero sus modelos de organización procedían de organizaciones derechistas de la época de Alfonso XIII. De ellas serán las Juventudes Mauristas, las uniones cívicas, la Vanguardia Social Popular y la Unión Patriótica las que proporcionen las pautas de comportamiento y organización.

El movimiento de las Juventudes Mauristas, los «bomberos de la Monarquía», presenta bastantes similitudes con el que, veinte años después, protagonizará la JAP. Ambos utilizan un lenguaje que se proclama a la vez defensor del orden social y revolucionario. Este cambio conceptual caracteriza los movimientos derechistas del primer tercio del siglo XX, muy en particular de los más totalitarios. En palabras de uno de sus protagonistas, «el maurismo, que siempre ostentó con orgullo el apelativo de callejero, fue, a no dudar, un movimiento de agitación exaltada y, en cierta medida, desafiadora y revolucionaria»<sup>1</sup>. Partido de clara ideología derechista, se proclamaba sin embargo *revolucionario*, tal y como gustarán denominarse los jóvenes conservadores de las JAP. Los «japistas» reconocían explícitamente la influencia de las Juventudes Mauristas, como muestra el siguiente texto sobre la creación por la JAP de un Círculo de Estudios Municipales: «Responde al deseo de despertar vocaciones municipalistas entre nuestra juventud. Se pretende ser, en cierto modo, continuadores de la política de regeneración municipal iniciada por don Antonio Maura y las Juventudes Mauristas»<sup>2</sup>.

Las *uniones cívicas* constituyen un ejemplo de la respuesta que la sociedad conservadora dio al avance del socialismo en toda Europa tras la Primera Guerra Mundial. Supone «un ejemplo de una reacción hasta cierto punto espontánea de la *propiedad organizada*, [que] se centró en la protección de sus intereses económicos y en la garantía de continuidad de las relaciones sociales vigentes, aunque algunos de sus postulados teóricos y prácticos serían llevados hasta las últimas consecuencias políticas por cierta derecha radical o contrarrevolu-

<sup>1</sup> GOICOECHEA, A., prólogo a GUTIÉRREZ RAVE, J.: *Yo fui un joven maurista*, Madrid, Libros y Revistas, s. a. p. 14.

<sup>2</sup> CEDA, 7 (15 de agosto de 1933), Madrid, p. 4.

cionaria en los años subsiguientes»<sup>3</sup>. Su objetivo era limitar los efectos de una huelga general, forma de actuación clásica del movimiento obrero ante la que el Estado se encontraba desprotegido. En España estas organizaciones defensoras del orden social y económico fueron el Somatén en Cataluña y la Defensa Social y sus epígonos en Madrid, como la Unión o Acción Ciudadana. Estaba integrada básicamente por jóvenes, algunos pertenecientes a las juventudes mauristas, a Acción Católica y a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), a oficiales y suboficiales del Ejército y estudiantes universitarios. Esta organización comenzó a desarrollarse tras la huelga general de 1917 y alcanza plena madurez en 1919, impulsada por la prensa más conservadora, como *El Debate* y *La Acción* a la cabeza, que apelan a la movilización de la ciudadanía como única forma de poner coto a la llamada «cuestión social» y apuntalar la debilidad del Estado. Su actuación fundamental consistió en el rompimiento de huelgas, con el consentimiento o la protección de la policía. Esta actuación reviste enormes paralelismos con la que desarrolló años más tarde la JAP.

En los meses que precedieron a la dictadura se formó el Partido Social Popular, que contó con una rama juvenil llamada Vanguardia Social Popular. Ésta fue constituida el 15 de enero de 1923. Su presidente fue José María Gil Robles y uno de sus vocales José María Valiente, futuro presidente de la JAP. A pesar de su breve vida, el valor de la Vanguardia Social Popular reside en que sirvió «como arquetipo básico que habría de aplicarse después al organismo juvenil del partido que en 1931 constituyeron muchos de los populistas de 1922-1923: Acción Nacional»<sup>4</sup>.

Tampoco podemos olvidar la influencia que pudo tener la Unión Patriótica, de la que se ocupa en otro estudio de este número Alejandro Quiroga. La Unión Patriótica, inspirada por Ángel Herrera Oria, más tarde impulsor de la JAP, contó en sus filas con José María Gil Robles, futuro líder de la CEDA. La Unión Patriótica celebró en 1924 concentraciones de masas en Covadonga y Medina

<sup>3</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, E., y REY REGUILLO, F. del: *La defensa armada contra la revolución*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995, p. 19. Utilizo esta obra como base para la información sobre las uniones cívicas, en especial las pp. 116 y ss.

<sup>4</sup> MONTERO GIBERT, J. R.: *La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*, vol. 1, Madrid, Revista del Trabajo, 1977, p. 588.

del Campo, dos localidades en las que tuvieron lugar concentraciones «japistas» diez años después. Aunque las concentraciones de la Unión Patriótica se pueden considerar demostraciones gubernamentales, demuestran la idea ya aceptada por la derecha de que había que acostumbrar a sus seguidores a actuaciones de masas.

### La formación de la JAP y sus relaciones con la CEDA

La necesidad de contar con una agrupación política juvenil en la derecha durante la Segunda República fue constatada desde los primeros meses de vida de ésta. Ángel Herrera Oria pronunciaba las siguientes palabras: «Acción Nacional no será nada si no prepara juventudes, si no prepara inteligencias y corazones que estén dispuestos el día de mañana a abrir el camino para la propia causa»<sup>5</sup>. Acción Nacional fue el primer nombre de la agrupación derechista que concurrió a las elecciones de junio, luego modificado por Acción Popular a raíz del Decreto de 12 de abril de 1932 por el que se prohibía el apelativo *nacional* en los partidos políticos. La creación de la sección juvenil avanzó lentamente. Durante el debate de los artículos de la Constitución referidos a la relación Iglesia-Estado se acelera la creación de la Juventud. La primera JAN se creó en Cuenca en noviembre de 1931, y la primera Junta Directiva de la JAN, con competencias a nivel nacional, se constituyó en Madrid en febrero de 1932<sup>6</sup>. Su primer presidente fue José María Valiente y su vicepresidente José María Pérez de Laborda. Durante todo el año la JAP fue consolidando su organización<sup>7</sup>.

La JAP y la CEDA formaron un cuerpo compacto. Ambas se encontraban perfectamente identificadas. No existían diferencias en cuanto al contenido ideológico de una y otra y, por tanto, no debemos

<sup>5</sup> Cit. por MONGE Y BERNAL, J.: *Acción Popular*, Madrid, Sáez Hermanos, 1936, p. 145.

<sup>6</sup> *La Época*, 24 de febrero de 1932, Madrid, p. 3.

<sup>7</sup> Para mayor información sobre la creación de la JAP me remito a BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M.: *La Juventud de Acción Popular. Un estudio sobre conservadurismo y comportamiento juvenil en la II República*, memoria de licenciatura, Madrid, Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, septiembre de 1985 (inédito). También a mi artículo «Movilización juvenil y radicalización verbalista: la Juventud de Acción Popular», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), Bilbao, pp. 83-105.

pensar que la JAP, con sus extremismos verbales, abandonó la ortodoxia de la CEDA. Únicamente se diferenciaban en que, mientras la JAP actuaba de vanguardia, la CEDA se dedicaba a consolidar los logros obtenidos. Esta radicalización de la ideología del partido que llevaba a cabo la JAP no fue un fenómeno único en la República, pues era frecuente que se diera este proceso en todas las organizaciones juveniles. Así ocurrió, por ejemplo, con las Juventudes Socialistas, que impulsaban la pretendida «bolchevización» del PSOE. Sin embargo, las constantes identificaciones que se hacían entre la JAP y la CEDA nos llevan a pensar que había una perfecta comunidad de intereses entre ambas. Las declaraciones afirmando la total concordancia entre el partido y su sección juvenil provenían no sólo de los dirigentes «japistas», como Valiente y Pérez de Laborda, sino también de relevantes miembros de la CEDA, entre ellos Giménez Fernández, Salmón y, sobre todos ellos, Gil Robles.

El mayor impulso de la JAP se dio durante el bienio conservador o «negro», cuando la CEDA poseía el grupo más numeroso en el Congreso<sup>8</sup>. Hay un hecho de la máxima importancia para valorar esta marcha conjunta del partido y su sección juvenil, y es la utilización de las grandes concentraciones de la JAP para anunciar, públicamente, cuál sería la política que emprendería la CEDA. Así sucedió en la concentración de Covadonga (9 de septiembre de 1934), donde Gil Robles anunció el propósito de la CEDA de entrar en el gobierno; en la de Santiago (1 de septiembre de 1935), donde dirigió casi un ultimátum a los raciales para que se revisara la Constitución o haría imposible la vida en las Cortes; y en la apertura del nuevo curso de la JAP (9 de noviembre de 1935), donde Gil Robles dio por iniciada la campaña electoral de la CEDA, ante la certeza de que la revisión constitucional no se efectuaría en esa legislatura. Cuando la CEDA empleaba los actos de la JAP para dictar su futura actuación indicaba su conformidad con la actividad de la juventud. Y ello no podía dejar de preocupar a los otros partidos, que veían cómo el principal grupo político de la derecha aprovechaba estas manifestaciones de inspiración fascista para exponer su política.

Otra muestra de la unión que existía entre una y otra nos la ofrece el papel preponderante que ocupó la JAP en las elecciones de 1933 y, sobre todo, de 1936. La campaña de propaganda electoral

---

<sup>8</sup> En las elecciones de noviembre de 1933 la CEDA consiguió 115 diputados, por 102 del Partido Radical y 58 de los socialistas.

se encomendó en las dos ocasiones a la JAP, que ofreció su colaboración no sólo colocando carteles y guardando el orden en los mítines, sino también ofreciendo a la CEDA sus formas de expresión, tajantes y exaltadas. El aumento de candidatos pertenecientes a la JAP, integrados en las listas de la CEDA, fue patente en 1936 con respecto a 1933, lo que confirma las buenas relaciones que había entre una y otra. La labor de propaganda fue la más importante que desarrolló la JAP dentro de la CEDA y la que le llevó a convertirse en la vanguardia del partido.

La CEDA se garantizaba la lealtad de la JAP a través de las propias normas del partido. Los candidatos a los puestos directivos de las respectivas JAP locales debían contar con la aprobación de la Junta de gobierno de la organización provincial correspondiente. De esta forma se aseguraba una sección juvenil disciplinada, acorde con los intereses globales del partido. Sobre los acuerdos del Consejo Nacional de la JAP tenía derecho de veto Gil Robles y cualquier exposición programática de la JAP debía ser aprobada por el Consejo de la CEDA. La sumisión de la JAP a la CEDA no era una actitud pasajera de la juventud, sino que, como vemos, estaba recogida en su reglamento.

### La concepción del Estado

La principal labor que se esperaba de la JAP era que sirviera a la propaganda del partido y a la actividad contrarrevolucionaria de la CEDA, y ello marcó su actuación durante toda la República. Las necesidades de organización y de táctica más urgentes relegaban la producción ideológica, de muy escaso nivel, a un segundo plano. Se basaba siempre en una serie de tópicos: ataques al socialismo y al sistema parlamentario liberal, defensa de la religión, de las tradiciones y de los valores conservadores de la sociedad, encarnados en el corporativismo. Tal y como reconocía la revista de las juventudes, *JAP*, «nuestra fuerza política ha sido de un crecimiento tan rápido e intenso que no hemos tenido un solo momento para hacer un alto en el camino, para recoger nuestro pensamiento y hacer examen de conciencia. La urgente necesidad de actuar nos impulsa en cada hora»<sup>9</sup>. En este contexto, desarrollar una ideología coherente y evo-

<sup>9</sup> *JAP*, 24 (14 de julio de 1935), Madrid, p. 6.

lucionada suponía un esfuerzo que no tenía compensación inmediata. Por el contrario, realizar unas campañas de propaganda que llegaran a todo el país, movilizar a las masas derechistas para que perdieran el miedo a enfrentarse a la izquierda en su mismo terreno, ofrecía unas ventajas directas. Así pues, los planteamientos ideológicos de la JAP no alcanzaron una excesiva altura intelectual. La pobreza de sus construcciones teóricas se suplía con una repetición constante de los mismos argumentos. Ello queda patente en las conclusiones de sus Congresos, que repiten una y otra vez las mismas consignas.

La primera base ideológica de la JAP es el catolicismo. Al estudiar la ideología de la JAP debemos tener presente que se trataba de una organización confesional. De la religión tomaron uno de sus conceptos vitales: la lucha entre el Bien y el Mal, a través de un concepto maniqueo de la política. La JAP se presentaba como una organización que incluso gozaba del favor divino: «Somos ante todo providencialistas [...] La mano de Dios se ve palpable en cada una de las incidencias de la vida de España. La liquidación de la grotesca Revolución española es caso único en la historia de las Revoluciones. Hemos puesto nuestro esfuerzo y buena voluntad, y todo lo demás Dios nos lo da por añadidura»<sup>10</sup>. La JAP fomentaba esta afinidad con la religión a través de múltiples actos externos, tales como visitar en Toledo al cardenal primado o nombrar a la Virgen del Pilar patrona de la JAP. Su objetivo final era la salvación de España, con lo que su actuación adquiriría tonos mesiánicos: «Nos toca realizar una labor providencial para restaurar en ella (España) todos los mermados valores espirituales, y, para ello, realizar una profunda revolución social y política»<sup>11</sup>.

La importancia de la doctrina católica en la JAP queda patente en la procedencia de sus cuadros dirigentes. Dos organizaciones confesionales, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y la Juventud Católica Española (JCE), aportan hombres a la organización. El grupo de la ACNP sirvió como elemento cohesionador, aportando buena parte de las formulaciones teóricas que había concretado durante la dictadura. Por ejemplo, José María Valiente, nacido en 1900, inscrito en la ACNP en 1921 y elegido

<sup>10</sup> *JAP*, 1 (27 de octubre de 1934), p. 1.

<sup>11</sup> MONGE Y BERNAL, J.: *op. cit.*, p. 275. Texto de Federico Salmón, ponencia núm. 10 del I Congreso Nacional de la JAP.

consejero nacional de la entidad en 1930, había presidido de 1927 a 1932 el Consejo Central de la JCE y mantenía excelentes relaciones con el cardenal Segura. Tras haber sido gobernador civil de Valladolid durante la dictadura, con la proclamación de la República dimitió de la presidencia de la JCE y pasó a organizar la JAP<sup>12</sup>. Así pues, la Juventud Católica facilitó unas masas muy adoctrinadas en las pautas políticas de la derecha católica. De estas bases se sirvió la JAP para extenderse rápidamente por todo el país.

La segunda referencia de su concepción del Estado hace referencia al corporativismo. La JAP siguió escrupulosamente los pasos marcados por la CEDA. Su objetivo era conseguir que Gil Robles lograra todo el poder para, desde él, llevar a cabo la transformación de la República democrática en un Estado corporativo. En él, los sindicatos, con su inequívoca labor de defensa de los derechos de los obreros, serían sustituidos por las Corporaciones, un cuerpo jerárquico en el cual cada grupo social tiene encomendadas unas funciones de acuerdo a su *importancia*, es decir, las clases altas tendrían la misión de dirigir la sociedad, mientras los trabajadores, privados de sus organizaciones representativas, permanecerían sumisos, sin plantear problemas a sus dirigentes. Las muy frecuentes alusiones al Estado corporativo no terminan de definir claramente cuál sería su estructura. Tan sólo algunas de sus características quedaban bien claras. Debía ser, ante todo, un Estado con un poder ejecutivo fuerte, que contara con un Parlamento orgánico. El corporativismo de la JAP era una idea tomada de la doctrina social de la Iglesia, que intentaba la solución de la «cuestión social».

El modelo político que propugnaba la JAP suponía el establecimiento de un régimen autoritario, conservador y católico. Se trataba, pues, de volver a un sistema tradicional, defensor de los valores clásicos de la derecha española. La JAP no se pronunció en torno a la forma de gobierno, monarquía o república<sup>13</sup>. Lo importante es que fuera un Estado autoritario. Otro aspecto interesante a con-

<sup>12</sup> Datos biográficos tomados de WATANABE, Ch.: *Confesionalidad católica y militancia política: la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y la Juventud Católica Española (1923-1936)*, Madrid, UNED, 2003, pp. 91-92.

<sup>13</sup> En 1934 Gil Robles envió al presidente de la JAP, José María Valiente, a entrevistarse con Alfonso XIII. El descubrimiento de la reunión, que se celebró el 3 de junio en París, provocó la destitución del dirigente «japista», que más tarde se unió a los carlistas, en cuya candidatura fue elegido diputado en 1936. El puesto de presidente de la JAP fue ocupado por Pérez de Laborda. Véase VALIENTE, J. M.:

siderar es su concepción sobre el centralismo y las autonomías. La estructura confederal de la CEDA obligaba al partido a confesarse regionalista y autonomista, aunque renegaba del «federalismo» que se quería implantar en España a través de los Estatutos de autonomía. La vaguedad teórica dominaba los textos sobre esta cuestión, que en ocasiones alcanzaba grandes cimas de lirismo: «la unidad española es como una naranja: gajos diferentes, con personalidad propia, pero unidos en el cortaza de un común destino»<sup>14</sup>. La ponencia número 8 del I Congreso Nacional nos da una idea algo más concreta: «El poder central del Estado deberá coordinar el progreso y actividades regionales [...] mediante [...] la concesión de autonomías tan amplias como lo permita la voluntad de la región, su capacidad para desarrollarlas y la sumisión a aquel principio coordinador, unitario y supremo»<sup>15</sup>. Así pues, la autonomía sería concedida por el poder central, cuidando siempre de que no afectase al valor unitario de la nación.

El regionalismo de la JAP no tenía una ayuda en el espíritu centralizador que caracterizó a la JAP de Madrid. De ahí que todas las manifestaciones de regionalismo se quedaran en palabras huecas, sin sentido. Para terminar con el sentido del espíritu regionalista de la JAP bastará recordar las palabras de quien fue su jefe supremo, José María Gil Robles: «No sólo puso especial cuidado la JAP en reconocer, sino incluso en cultivar el sentido regionalista de la vida española, aunque limitado al campo de las costumbres»<sup>16</sup>. La autonomía quedaba, pues, supeditada al folclore regional.

El último aspecto a destacar en la concepción del Estado que tenía la JAP es su vinculación con el fascismo, una de las cuestiones que con frecuencia se tratan al hablar de la JAP. La izquierda no dudaba en considerarla como la organización que podía implantar un régimen autoritario de tipo fascista en España. Sin embargo, la JAP no fue una organización fascista. De un lado, carecían de la imprescindible estructura paramilitar. Su rechazo de la violencia como forma de actuación política les aparta de los grupos fascistas. Además, sus concepciones sobre el Estado autoritario son muy respetuosas con la Iglesia y con la propiedad privada. Sin embargo, la JAP incor-

«Por qué me fui de la CEDA», *La Actualidad Española*, 943 (enero de 1970), Madrid, p. 10.

<sup>14</sup> *El Debate*, 22 de abril de 1934, Madrid, p. 1.

<sup>15</sup> MONGE Y BERNAL, J.: *op. cit.*, p. 273.

<sup>16</sup> GIL ROBLES, J. M.: *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 191.

poró abundantes elementos ideológicos del fascismo, por lo cual la consideramos un grupo intensamente fascistizado. Algunos puntos ideológicos en los que coincide con el fascismo son la proclamación de la lucha frontal contra el marxismo, el antiliberalismo y el desprecio por el sufragio universal, las prácticas mesiánicas referidas al carisma de Gil Robles, el irracionalismo y la exposición de un programa sintetizado al estilo fascista: los diecinueve puntos de la JAP<sup>17</sup>. En cuanto al envoltorio con que presentaba estas ideas, la JAP copió la parafernalia fascista, que se mostró muy eficaz a la hora de captar el apoyo de los sectores conservadores de la sociedad, ya que presentó las clásicas ideas de la derecha de una manera moderna. Destacaban las grandes concentraciones de masas, copiadas de los nazis, la utilización de banderas con la flor de lis negra sobre fondo blanco, un saludo consistente en llevar la mano derecha sobre el hombro izquierdo y el himno cantado por los asistentes. Contaban con un uniforme, de camisa verde caquí, corbata, escudo de JAP sobre el corazón, correa y bota alta, aunque no se hacía mucho hincapié en que fuera utilizado.

La JAP careció de milicias. No dispusieron de ninguna sección con este nombre, ni con la estructura paramilitar que conllevan las milicias, ni contó con el objetivo de practicar la lucha armada como método habitual de intervención política. Los discursos de sus dirigentes y las conclusiones de los Congresos rechazan constantemente

<sup>17</sup> En enero de 1934 se publicaron los «19 puntos del programa de la JAP»: «1. Espíritu español. Pensar en España. Trabajar por España. Morir por España. 2. Disciplina. Los jefes no se equivocan. 3. Juventud, Fe. Arrojo. Voluntad. Espíritu joven en la política nueva. 4. Derogación de la legislación sectaria, socializante y antiespañola. 5. Familia cristiana frente a modernismo pagano. 6. Fortaleza de la raza. Educación premilitar. Abolición del soldado de cuota. 7. Libertad de enseñanza. Los hijos no son del Estado. 8. Amor a la Región, base del amor a España. 9. Especialización. Más preparación y menos discursos. 10. Nuestra revolución es justicia social. Ni capitalismo egoísta ni marxismo destructor. 11. Más propietarios y más justa distribución de la riqueza. 12. Guerra al señoritismo decadente y a la vagancia profesional. Reconocimiento de todas las actividades. Trabajo para todos. El que no trabaje, que no coma. 13. Antiparlamentarismo. Antidictadura. El pueblo se incorpora al Gobierno de un modo orgánico y jerárquico, no por la democracia degenerada. 14. Reconstrucción de España. Guerra a la lucha de clases. La economía, al servicio de la nación. 15. España fuerte, respetada por el mundo. 16. Primero la razón. Frente a la violencia, la razón y la fuerza. 17. Prestigio de la autoridad. Poder ejecutivo fuerte. Prevenir, mejor que reprimir. 18. Ante los mártires de nuestro ideal: ¡Presente y adelante! 19. Ante todo, España, y sobre España, Dios» (*El Debate*, 12 de enero de 1934, p. 3).

la posibilidad de emplear la violencia. El recurso a la violencia como fórmula capaz de acabar con los conflictos o, más propiamente, con los antagonistas que originan los conflictos, está presente en el bagaje ideológico de los contemporáneos de la República. Los «japistas» no permanecieron al margen de la batalla dialéctica que pedía la destrucción implacable del enemigo, pero, en todo momento, se negaron a crear organizaciones paramilitares por varias razones: en primer lugar, la JAP, igual que la CEDA, tenía gran respeto por las normas legales, lo que vedaba cualquier intento de actuar por medios ilícitos. La tímida intentona de Gil Robles de convertir el Tiro Nacional en una organización armada que apoyara la política de su grupo fue cortada de raíz por el gobierno<sup>18</sup>. En segundo lugar, la JAP es heredera del viejo pensamiento conservador, según el cual corresponde al Ejército ser el brazo armado de la sociedad. Si el orden social corría algún peligro correspondía a los militares defenderlo. Intentar asumir esa responsabilidad los civiles sería una falta de realismo por parte de sus dirigentes. Así pues, las milicias no sólo eran rechazadas por ilegales, sino también por inútiles.

El proceso de fascistización de la JAP tiene su origen en la campaña electoral de noviembre de 1933. En 1934 se desarrolla y tiene una gran radicalización desde octubre de ese año hasta febrero de 1936. El proceso de fascistización de la JAP no estuvo motivado por el temor de la JAP a perder afiliados a favor de Falange, pues la superioridad numérica de la primera hacía que no temiera la competencia de un pequeño partido. Su radicalización obedeció a tendencias internas coherentes con su ideario y no a factores externos.

### Una organización juvenil de masas

La intensa movilización política que había en España en los años treinta obligó a los jóvenes conservadores a presentar su discurso con un envoltorio de modernidad, que disputaba las masas a los grupos republicanos y socialistas. Para la JAP, como para la CEDA, la lucha estaba planteada en la calle y debía disputar para lograr el apoyo de la población. La división en secciones fue el modelo que empleó la JAP para captar el mayor número posible de jóvenes.

<sup>18</sup> Véanse GONZÁLEZ CALLEJA, E., y REY REGUILLO, F. del: *op. cit.*, p. 237.

De esta forma consiguió convertirse en un partido dentro del partido. Contó con 225.000 afiliados y llegó a poseer una personalidad propia en el espectro de los grupos políticos de la Segunda República.

Las secciones en las que se dividía la JAP comprendían desde grupos claramente contrarrevolucionarios, como los Grupos de Distrito o Movilización Civil, a las clásicas secciones de propaganda, de cultura y de deportes. Para asegurar la unidad de criterio, la JAP disponía de unos enlaces verticales que garantizaban un poder centralizado. La subsección dependía de la sección y ésta de la Junta de gobierno, que a su vez dependía del Comité Nacional. Así se garantizaba una centralización autocrática, en la que todas las decisiones procedían de la dirección del partido. El espíritu antidemocrático queda patente en el siguiente texto, presentado en el I Congreso de la JAP: «Las JAP huirán en todo momento del sentido legulesco y reglamentarista, buscando siempre más el espíritu que la letra. Darán un sentido autoritario a sus organizaciones y empezarán a dar ejemplo de combatir en las mismas la democracia degenerada y el sufragio como medio de resolver las cuestiones, no considerarlo como expresión de la voluntad de una Asamblea»<sup>19</sup>.

El capítulo VI del Reglamento de la JAP trata de los Grupos de Distrito<sup>20</sup>. Como su propio nombre indica, esta sección dentro de la juventud clasificaba a los socios en grupos en relación con sus domicilios. A medida que la JAP fue adquiriendo fuerza, estos grupos de distrito, cuya función era únicamente asegurar el orden en los actos de Acción Popular y JAP, fueron quedándose pequeños para las necesidades de la juventud. Se procedió a cambiarles el nombre por el de Movilización Civil, con el que pronto adquirieron fama en la República. El cambio, verificado tras el triunfo electoral de la derecha en noviembre de 1933, no afecta sólo a la denominación: las funciones que tendrá encomendadas la Movilización Civil fueron mucho más ambiciosas. Se pretendía que, en caso de una huelga general revolucionaria, la Movilización Civil ayudara a mantener unos servicios mínimos. Así lo manifestaba José María Valiente, líder de la JAP, en febrero de 1934: «nos mueve el deseo de auxiliar al poder público para el caso de huelga general. Hay servicios importantes y vitales, como los de agua, luz y pan, que los tenemos tan

<sup>19</sup> Cit. por MONGE Y BERNAL, J.: *op. cit.*, pp. 307-308.

<sup>20</sup> JUVENTUD DE ACCIÓN POPULAR: *Estatutos y reglamento*, Madrid, Editorial Ibérica, 1932.

estudiados que, seguramente, nuestra cooperación, si no perfecta, pues hay actividades insustituibles, al menos no serán desdeñables para la autoridad y contribuirán a levantar el espíritu público»<sup>21</sup>.

Para realizar estas funciones la división por domicilios resultaba inadecuada y se pasaba a encuadrar a los socios por profesiones. El encargado de organizar la Movilización Civil fue Avelino Parrondo, quien ocupó la presidencia de la sección hasta abril de 1935, en que pasó a ocuparse de la Asistencia Social. Fue sustituido en el cargo por Ramón Revuelta. Las tareas de organización de Movilización Civil ocuparon buena parte de las preocupaciones de los ponentes en el I Congreso Nacional de la JAP en abril de 1934. Nada menos que tres oradores se refirieron a ella. No podemos olvidar que en esta fecha estaba ultimándose todavía esta sección en Madrid y que numerosas organizaciones provinciales copiarían su estructura cuando ésta quedara perfilada definitivamente. Como señalaba el encargado de los trabajos de organización de esta sección, Avelino Parrondo, en la ponencia 22 del citado Congreso, que trataba de *La JAP y los trabajos de Movilización Civil*: «El fin principal de la Movilización Civil es reunir a todos los ciudadanos de buena fe para, ante una huelga general revolucionaria, poder prestar los servicios públicos necesarios a la población, llevar ánimo a todos los apáticos y que nunca pueda caer la sociedad en manos de la anarquía»<sup>22</sup>.

La Movilización Civil habría de organizarse por medio de comisiones técnicas para cada uno de los servicios que habría de sustituir. Del trabajo de dichas comisiones técnicas se encargaba la ponencia 23, presentada por el vicepresidente de la JAP de Madrid, José María Pérez de Laborda, donde se establecía entre sus obligaciones: «Preparar técnicamente los planes de Movilización Civil para la defensa de la sociedad contra la amenaza de una huelga revolucionaria recopilando datos, planos, opiniones sobre el personal de los diferentes servicios, protección contra sabotajes y sustituciones de huelguistas, en especial de servicios públicos, como ferrocarriles, centrales eléctricas, teléfonos, Correos, etc.»<sup>23</sup>. Como vemos, la labor de la Movilización Civil era fundamentalmente abortar cualquier intento de huelga general, lo cual, tras el triunfo electoral de la derecha en noviembre de 1933, se consideraba muy probable en los sectores conservadores

<sup>21</sup> CEDA, 19 (15 de febrero de 1934), p. 18.

<sup>22</sup> Cit. por MONGE Y BERNAL, J.: *op. cit.*, pp. 307-308.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 304.

del país. En un folleto, publicado probablemente en abril de 1934 por la Juventud Comunista, se dice lo siguiente refiriéndose al punto 14 de la JAP, donde se declaraba la «guerra a la lucha de clases»: «significa, en primer lugar, la lucha contra la mejor arma de los trabajadores y de la juventud obrera y campesina: la huelga. Para ello organiza Acción Popular su sección de movilización civil»<sup>24</sup>. Fruto de esta sección fue la actuación de la *guardia cívica* de la JAP en octubre de 1934, como veremos más adelante.

El segundo mecanismo de la JAP para convertirse en una organización de masas fue contar con una potente sección de propaganda. Fue la más activa de las secciones de la JAP y sus actuaciones contribuyeron a dibujar su fisonomía ante la opinión pública de la época. A través de sus actividades sobrepasó pronto los límites de la juventud para acoplarse plenamente en el engranaje de la CEDA. La realización de grandes concentraciones de la juventud, la organización de las campañas electorales de la CEDA y, sobre todo, la publicación de la revista *JAP*, de difusión nacional, fueron los trabajos encomendados a esta sección.

Desde el 27 de octubre de 1934, la JAP contaba con su propio órgano de prensa, la revista *JAP*, subtitulada *Órgano Nacional de las Juventudes de Acción Popular de España*, editada por la JAP de Madrid. A través de las páginas de la revista, que exhibía un tono agresivo y polémico, se exponía la doctrina de la juventud. También existieron publicaciones locales de la JAP en otras provincias, pero carecieron de la influencia que adquirió la publicación madrileña. Tras la derrota electoral de febrero de 1936, la revista no volvió a publicarse.

Hay que tener en cuenta que la vinculación con la juventud se trataba de establecer a través del impulso de creación de una sección deportiva. Los años treinta vivieron la implantación de los deportes como parte de la cultura de masas que se generalizó en las grandes ciudades españolas, en particular en Madrid y Barcelona. Por lo tanto, una organización que pretendía captar a amplios sectores de la juventud, por fuerza tenía que contar con una sección deportiva. Bien es verdad que el significado del deporte en la JAP estaba dirigido más al «fortalecimiento de la raza» que a la contemplación del espectáculo deportivo, pero ello no resta valor de enganche entre los jóvenes

<sup>24</sup> UNIÓN DE JUVENTUDES COMUNISTAS DE ESPAÑA: *¿Qué significan los 19 puntos del Congreso de las JAP?*, Madrid, Eds. Juventud Roja, 1934.

a esta actividad. Entre los grupos en los que se dividía esta sección, la cuarta de las que componían la JAP, se encontraban deportes, excursiones, gimnasia, etc.

Las actividades a las que se dedicaron demuestran que se buscaba captar a un amplio número de jóvenes: partidos de fútbol, deporte en plena expansión en esta década, competiciones de tenis (una actividad elitista en aquella época), e incluso se anunciaban cursos de pilotaje de aviones. El presidente de la sección fue Santiago Bernabéu de Yeste, muy famoso ya por haber sido jugador y entrenador del Real Madrid Club de Fútbol en los años veinte, y que seguía vinculado a este equipo.

La práctica deportiva llevaba asociado el adoctrinamiento ideológico. Se aconsejaba la realización de excursiones a lugares evocadores de la historia de España y en ellos se realizaban actos públicos. La sección deportiva era la única que podía cobrar una cuota especial si así lo exigía la Junta de gobierno.

El último y más conocido método para atraer a la juventud y darse a conocer en la vida pública fue la celebración de grandes concentraciones de masas. Las concentraciones de miles de jóvenes que realizó la JAP en lugares destacados de la historia de España (El Escorial, Covadonga, Granada, Uclés, Medina del Campo y Santiago de Compostela) fueron el hecho más llamativo de su actividad y el que resultó más amenazador a juicio de los grupos de izquierda. A través de estos actos, la JAP adquirió personalidad propia durante la República. En estas concentraciones, como ya hemos visto, había un ceremonial que recordaba a las manifestaciones fascistas de Italia y Alemania. Su organización estuvo precedida de las visitas que en 1933 José María Gil Robles y algunos líderes de la JAP realizaron a estos dos países. La parafernalia fascista, que cautivó a tantos sectores conservadores de Europa, llegó a España a través de un partido que renunciaba a la violencia como forma de actuación política.

Aunque las grandes Asambleas (nombre de inspiración fascista utilizado por los «japistas» para las concentraciones) eran reuniones de la sección juvenil, en la época se vieron como si estuvieran realizadas por la CEDA. Es normal, ya que estos actos, en los que participaba Gil Robles, se utilizaron, como hemos dicho, para adelantar la política de la CEDA en determinados asuntos, pero también como medio de coacción política. La concentración de El Escorial (22 de abril de 1934) coincidió con las presiones a Alcalá Zamora

para que firmara el decreto de amnistía a los implicados en el levantamiento de agosto de 1932, con el general Sanjurjo a la cabeza. En la de Covadonga (9 de septiembre de 1934), la CEDA anunció el cambio de política para el momento en que se reabriera el Parlamento y su voluntad de participar en el gobierno<sup>25</sup>. Un mes después se produjo la entrada de la CEDA en el gobierno y la revolución de octubre. Las concentraciones se realizaron entre 1934 y 1935, es decir, el período en el que la CEDA contaba con mayoría parlamentaria. Nuevamente se confirma que necesita el respaldo de la autoridad para desarrollar su actividad.

### **Conflictos con presencia de la JAP**

A través de los conflictos en los que participó la JAP podemos apreciar la práctica política de este grupo. Las actuaciones estuvieron dirigidas, sobre todo, a frenar el avance del liberalismo y del socialismo. Su mejor actuación, además de la propagandística, a la que ya nos hemos referido, se centró en la actividad de la Movilización Civil, la verdadera herramienta de activismo callejero que empleó la organización.

Como ya hemos señalado, la JAP rechazaba la violencia como forma de actuación política, pero la agresividad fue una de las notas destacadas de esta organización. Durante los años 1934 y 1935, los «japistas» pidieron constantemente la aniquilación de sus enemigos, los marxistas. Combinar estos excesos verbales con su explícita reprobación de la violencia suponía establecer un difícil equilibrio que sólo podía mantenerse mientras la JAP contara con aliados en el poder. No es una casualidad que el mayor ímpetu de la organización se alcanzara cuando la CEDA contó con el grupo parlamentario más numeroso de las Cortes y, por lo tanto, todos los gobiernos necesitaron sus votos para legislar. La seguridad que les provocaba esta situación hacía que cada vez se expresaran con mayor contundencia respecto al destino que tendrían sus enemigos. Los miembros de la JAP estaban convencidos de que la CEDA continuaría aumentando su representación parlamentaria y que ellos podrían continuar con sus violentas manifestaciones verbales amparados desde el poder.

---

<sup>25</sup> *El Debate*, 11 de septiembre de 1934, p. 2.

La JAP, por la radicalización que mostró en estos dos años, se convirtió en una organización que sólo sería capaz de actuar teniendo al gobierno como aliado. Si los socialistas intentaban enfrentarse con ellos, contarían con el auxilio del Estado, tal y como sucedió en octubre de 1934. En esta ocasión la JAP mostró toda su virtualidad contrarrevolucionaria. Su misión era hacer frente, de modo pacífico y dentro de la ley, a la revolución. Para ello organizaron sus grupos de Movilización Civil, la nueva guardia cívica destinada a anular los efectos sobre la población de una huelga general. Los grupos de Movilización Civil se encargaban de colaborar con los trabajadores que no secundaban la huelga, trabajando en los servicios de primera necesidad, como comunicaciones, agua, luz, recogida de basuras, etc. La represión de los grupos armados correspondía al Ejército y la policía, y la JAP se ocupaba de realizar un esquirolaje colectivo, abortando la huelga. Así pues, la JAP tendría éxito en su labor contrarrevolucionaria, disputando con los socialistas en su mismo terreno, si podía actuar aliada con el poder.

La primera actuación de Movilización Civil tuvo lugar el 11 de marzo de 1934, con motivo de la huelga de artes gráficas iniciada como consecuencia de un conflicto laboral en *ABC*. Aquí pudieron emplear por primera vez sus métodos copiados de las guardias cívicas surgidas en Europa tras la Primera Guerra Mundial. Los miembros de la JAP se encargaron de la distribución por los barrios céntricos de Madrid de los periódicos *El Debate* y *La Época*, cuyos obreros no estaban sindicados en las organizaciones convocantes de la huelga. Esto supuso un primer triunfo de la sección, lo que le dio moral para proseguir sus trabajos.

Este éxito lleva a que se amplíen las competencias de la Movilización Civil. A partir de la reunión en Salamanca el 1 de julio de 1934 del Comité Nacional de la JAP, recibió el encargo de preparar su actuación en el abastecimiento de agua, electricidad y transportes. El 8 de septiembre tuvieron una nueva oportunidad de actuar, esta vez junto a la Primera Línea de Falange. Se ofrecieron para romper el paro general de protesta contra la Asamblea convocada en Madrid por el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, en pleno contencioso *rabassaire*<sup>26</sup>.

La principal intervención de la JAP en la vida pública española correspondió a la huelga general de octubre de 1934. El día 4, después

<sup>26</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, E., y REY REGUILLO, F. del: *op. cit.*, p. 238.

de haber provocado la CEDA una crisis de gobierno, se hizo público el nuevo gabinete, en el que había tres ministros de la CEDA. Las protestas procedieron de todos los grupos republicanos (Partido Nacional Republicano, Izquierda Republicana, Unión Republicana e incluso el Partido Republicano Conservador) y de los partidos de izquierdas. Todos ellos acusaban al presidente de la República, Alcalá Zamora, de entregar la democracia a sus enemigos.

Aunque intervinieron en diversas capitales de provincia, donde la escasa incidencia de la huelga hizo que su actuación pasara más desapercibida, fue en Madrid donde alcanzaron mayor protagonismo. Por sus calles se veía a jóvenes bien vestidos colaborando en los servicios de recogida de basuras, protegiendo a los conductores de los tranvías, reparando instalaciones eléctricas, transportando frutas y hortalizas a los mercados, ayudando en los entierros y colaborando en la salida del único tren que partió de Madrid el día 6. Pusieron a disposición del gobierno 300 vehículos, algunos conducidos por socios de la JAP, que se ocupaban de trasladar a los obreros de las fábricas a su domicilio, de transportar el pan y ofrecer protección a personalidades de la CEDA y del gobierno.

Los servicios se realizaron bajo la dirección del gobernador civil y del delegado del gobierno en el Ayuntamiento. Así se cumplió la consigna de ofrecer toda la organización de la Movilización Civil al gobierno. Se ocuparon de los servicios de primera necesidad que habían señalado sus dirigentes: transportes, pan, alumbrado, recogida de basuras, etc. Esta actuación contrarrevolucionaria estuvo apoyada por carlistas, falangistas y militantes de otras organizaciones derechistas. Su labor fue muy importante para lograr que se aminoraran los efectos de la huelga sobre la población.

En Asturias, la provincia española más afectada por la revolución de octubre, «la JAP fue militarizada y colaboró con el Ejército desde el primer momento. En Oviedo, las Juventudes Tradicionalistas, la Falange y la CEDA ofrecieron sus fuerzas al gobernador civil, colaborando en tareas defensivas y represivas, y en Gijón se formó una guardia cívica con estas mismas fuerzas, a las que se asignó la defensa del Ayuntamiento»<sup>27</sup>.

El orgullo que la derecha sintió por la actuación de estas guardias cívicas armadas quedó reflejado en el artículo que, a toda plana,

---

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 239.

le dedicó un domingo *El Debate* en la última página, con el título «La Movilización Civil de la JAP ha sido una gran lección de civismo»<sup>28</sup>. Pero su actuación se extendió más allá de estas fechas, porque colaboraron en la denuncia de los trabajadores que participaron en la huelga.

Tras el fracaso de la asonada revolucionaria, el propio Gil Robles afirmó exultante a sus juventudes:

«Acabamos de vencer en una magnífica batalla ciudadana. La labor de preparación y de entrenamiento durante estos años difíciles ha dado el resultado apetecido [...] Yo, que he convivido con vosotros durante largas etapas de lucha, estaba cierto de que en la hora suprema de peligro habríais de ser la más firme y aguerrida milicia ciudadana. No habéis necesitado el uniforme aparatoso, copia servil de organizaciones exóticas [...] No habéis precisado de ademanes teatrales para ofrecer serenamente el pecho a las balas [...] No habéis sentido la necesidad de hacer alarde de un pretendido nacionalismo integral [...] No habéis pedido formaciones y desfiles para lograr una organización y una eficacia que parecían imposibles en un país de tan acusadas tendencias individualistas como el nuestro. Disciplina del espíritu, valor sereno y constante, organización callada y metódica, patriotismo hondo, ardiente y sacrificado. Ésas son y éstas han de ser las características de la JAP»<sup>29</sup>.

Tras esta demostración de su capacidad, la Movilización Civil no volverá a intervenir de un modo tan decisivo en la Segunda República, aunque continuó perfeccionando su estructura interna. El valor de esta sección, por lo tanto, a la altura de finales de 1934, cuando su estructura estaba ya ultimada y había demostrado su operatividad, nos la resume así Montero: «Lo importante radicaba, de un lado, en la función de esquirolaje colectivo y organizado que la JAP, con miembros de estratos sociales similares a los de los autores de la huelga, venía a cumplir. Y ello para dotar, de otro lado, de la más urgente e imprescindible labor de defensa a una burguesía que ya empezaba a enfrentarse con sus antagónicos utilizando (aunque todavía tímidamente) de las contrarmas indicadas»<sup>30</sup>.

El tono mesiánico que imprimieron a su actuación hacía imposible, en teoría, que pudieran ser derrotados por sus rivales. La JAP y

<sup>28</sup> *El Debate*, 21 de octubre de 1934, p. 22.

<sup>29</sup> GIL ROBLES, J. M.: «Acabamos de vencer en una magnífica batalla ciudadana», *JAP*, 1 (27 de octubre de 1934), p. 16.

<sup>30</sup> MONTERO GIBERT, J. R.: *op. cit.*, vol. 1, p. 616.

la CEDA venían a salvar a España, y una vez que habían alcanzado el poder era imposible que pudieran verse relegados de él. La idea de un retroceso en su rectilíneo camino era impensable. En su actuación sólo podrían conocer el triunfo. Pero el resultado electoral de 1936 desbarató los planes de la JAP<sup>31</sup>. Manuel Azaña, uno de los focos de atención de la agresividad «japista», volvía a ocupar la presidencia del Consejo de Ministros, pese a que la propaganda de la JAP había insistido en que ello jamás ocurriría. El revés electoral demostró a los jóvenes (y no tan jóvenes) derechistas que la vía de la actuación legal podía presentar más dificultades de las previstas y que los planes podían tardar más tiempo del deseado en realizarse. De ahí el desencanto de la JAP, que ya no tenía posibilidad de anunciar la aniquilación de socialistas y republicanos, ni la inmediata instauración de un nuevo Estado, ni la desaparición de la Constitución tildada de «antiespañola» y su sustitución por otra más acorde con las «tradiciones». Desprovista del amparo del gobierno, desmoralizada por la derrota electoral y rechazando la lucha física con los contrarios, la JAP se diluyó, en la práctica, después de febrero de 1936. La organización se mantuvo, pero llevó una existencia agónica hasta abril de 1937.

### **Conclusiones**

El final de la JAP, ocurrido a través del Decreto de Unificación durante la guerra civil, ejemplifica el cambio que se dio en la derecha española a partir de la derrota a manos del Frente Popular. La gran organización derechista juvenil de la República era engullida por Falange Española, el grupo minoritario durante la etapa republicana que durante la guerra se convirtió en clave del poder político. La relación entre la JAP y la Falange presenta dos etapas bien diferenciadas. La primera, en el «bienio negro», con la JAP en la plenitud de su vida política. La segunda, tras las elecciones de 1936, cuando los miembros más radicales de la juventud se alistaron en el partido que predicaba la lucha armada contra la República.

---

<sup>31</sup> El resultado electoral no fue tan malo para la CEDA, pese al desánimo que cundió en sus filas. Consiguió 88 diputados, por 99 de los socialistas y 87 de Izquierda Republicana.

En 1934 y 1935 la postura de la JAP respecto de la Falange fue de indiferencia, pese a esporádicas fricciones. Las masas que arrastraba la JAP, el respaldo de la mayor minoría parlamentaria, su progresivo protagonismo en la vida de la CEDA y de la República determinan que la JAP no se ocupe prácticamente de Falange. La progresiva radicalización, tanto de su ideología como de su comportamiento externo, próximo a las pautas fascistas, vino marcada por su antagonismo con los partidos republicanos y socialistas, no por el miedo a que los jóvenes se afiliasen en la organización de José Antonio Primo de Rivera. Sin embargo, la Falange sí veía a la JAP como un serio competidor. La utilización de himnos, estandartes, camisetas verdes y un saludo al estilo romano eran signos externos que podían arrebatar afiliados a Falange. Por ello, la actitud de Falange será de desprecio hacia la JAP, mostrándole como un movimiento carente de espíritu. Hablaban del «fascismo descafeinado de los japoneses» y les acusaban de imitadores. Así lo expresaba José Antonio: «No hay en esas ceremonias (las concentraciones de la JAP) un solo ademán de alguna gracia, una sola voz ritual de buen gusto, que no haya sido tomada por las buenas, no ya del fascismo o del nacionalsocialismo, sino de la Falange, que está más próxima»<sup>32</sup>. Mofándose de su actuación durante la revolución de 1934 les llamaban «barrenderitos de octubre».

Tras las elecciones de febrero de 1936, la situación cambió radicalmente. La derecha española comenzó a considerar seriamente la posibilidad del asalto armado a la República. Los socios de la JAP debieron sentir una decepción que les llevó, en su mayoría, a retirarse de la actividad política. Sin embargo, los más activos pasaron a Falange. Buen número de «japistas», 15.000 según algunos cálculos, se afiliaron a este partido<sup>33</sup>. Llegaron incluso a circular rumores sobre una fusión entre JAP y Falange, que fueron desmentidos por el presidente de la JAP, Pérez de Laborda: «La JAP está donde estaba, y todos los rumores acerca de su desaparición o fusión con Falange son falsos totalmente»<sup>34</sup>. En todo caso, la mayoría de los afiliados abandonó la política, dejando el peso de la actuación callejera contra el nuevo gobierno a quien utilizaba la violencia: la Falange. En este

<sup>32</sup> PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras*, Madrid, Almena, 1971, p. 588.

<sup>33</sup> ROBINSON, R. A. H.: *Los orígenes de la España de Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1965, p. 433. Desde entonces se da esta cifra como válida.

<sup>34</sup> *El Debate*, 17 de mayo de 1936, p. 2.

hecho se resume el fracaso y las limitaciones de la actividad legal de la derecha española durante la Segunda República.

La Juventud de Acción Popular se mantuvo dentro de los límites de la legalidad en su labor contrarrevolucionaria. Se convirtió en un instrumento de defensa de los intereses conservadores, empleando los resortes clásicos del pensamiento católico: poder ejecutivo fuerte, corporativismo, centralismo, nacionalismo español de corte tradicional, fomento de las «guardias cívicas» para enfrentarse a las huelgas y apoyo al ejército como instrumento que garantizaba la defensa del orden social. La agrupación política queda como instrumento de movilización de las masas en defensa de sus intereses. En este sentido, pese a su radicalismo verbal, la JAP sigue fielmente los pasos dictados por la CEDA.

La JAP, para mostrar su capacidad contrarrevolucionaria, necesitaba contar con el apoyo del poder. Su labor de barrera a la revolución necesitaba, para obtener buenos resultados, que la autoridad consintiera sus excesos verbales y atacara los de sus adversarios. No es, como decían los falangistas, que carecieran de espíritu de lucha. Es sólo que su puesto estaba junto a la autoridad, sirviendo de dique a la revolución. Por ello desarrolló toda la labor de Movilización Civil, grupos que colaboraban con las autoridades civiles y militares. Pero, cuando no disponían de dicho soporte, quedaban en nada.

El nuevo Estado que propugnaba la JAP debería llegar gracias a la victoria en las urnas, como demuestra la forma en la que plantearon la lucha electoral en 1933 y 1936, y no por la acción de milicias armadas que derribaran gobiernos. La misión de la JAP era actuar, dentro de la ley, para defender los privilegios de las clases conservadoras. Cuando éstas abandonaron la esperanza de defender sus intereses por la vía parlamentaria, tanto la JAP como la CEDA perdieron su capacidad para marcar el rumbo de la política derechista en España. De su exaltada oratoria apenas quedó nada. Mucho ruido y pocas nueces.